IV Domingo de Cuaresma, Ciclo B

Segunda Lectura: Ef 2, 4-10

"El amor y la misericordia de dios son muy grandes, porque nosotros estábamos muertos por nuestros pecados y él nos dio la vida con Cristo"

San Pablo en la segunda lectura de la carta a los Efesios nos dice que "Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando nosotros muertos por los pecados, nos ha hecho vivir con Cristo" (Ef 2, 4-5). Para expresar esta realidad de salvación, el Apóstol, además del término "misericordia", utiliza también la palabra "amor", recogida y amplificada ulteriormente en la bellísima afirmación que hemos escuchado en la página evangélica: "Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna" (Jn 3, 16).

Sabemos que ese amor por parte del Padre tuvo un desenlace dramático: llegó hasta el sacrificio de su Hijo en la cruz. Si toda la misión y la vida de Jesús es signo del amor de Dios, lo es de modo muy singular su muerte, en la que se manifestó plenamente la ternura redentora de Dios. Por consiguiente, siempre, pero especialmente en este tiempo cuaresmal, la cruz debe estar en el centro de nuestra meditación; en ella contemplamos la gloria del Señor que resplandece en el cuerpo martirizado de Jesús. Precisamente en esta entrega total de sí se manifiesta la grandeza de Dios, que es amor.

Todo cristiano estamos llamado a comprender, vivir y testimoniar con nuestra existencia la gloria del Crucificado. La cruz -la entrega de sí mismo del Hijo de Dios- es, en definitiva, el 'signo' por excelencia que se nos ha dado para comprender la verdad del hombre y la verdad de Dios: todos hemos sido creados y redimidos por un Dios que por amor inmoló a su Hijo único. Por eso, en la cruz "se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical" (Deus caritas est 12).

¡Cuántos, también en nuestro tiempo, buscan a Dios, buscan a Jesús y a su Iglesia, buscan la misericordia divina, y esperan un 'signo' que toque su mente y su corazón! Jesús muerto y resucitado es el signo absolutamente suficiente. En él podemos comprender la verdad de la vida y obtener la salvación. Este es el anuncio central de la Iglesia, que no cambia a lo largo de los siglos. Por tanto, la fe cristiana no es ideología, sino encuentro personal con Cristo crucificado y resucitado. De esta experiencia, que es individual y comunitaria, surge un nuevo modo de pensar y de actuar: como testimonian los santos, nace una existencia marcada por el amor.

La misericordia del Señor se reveló de modo total y definitivo en el misterio de la cruz: "A la humanidad, que a veces parece extraviada y dominada por el poder del mal, del egoísmo y del miedo, el Señor resucitado le ofrece como don su amor que perdona, reconcilia y suscita de nuevo la esperanza. Es un amor que convierte los corazones y da la paz"… ¡Cuánta necesidad tiene el mundo de comprender y acoger la Misericordia divina!" (JP II Regina Caeli, n. 2: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 8 de abril de 2005, p. 5).

Cristo nos revela a Dios que es Padre, revela a Dios "rico de misericordia", como leemos en san Pablo en la segunda lectura de hoy. Hagamos presente al Padre en cuanto amor y misericordia (CEC 231; el ser mismo de Dios es Amor. Al enviar en la plenitud de los tiempos a su Hijo único y al Espíritu de Amor, Dios revela su secreto más íntimo (cf. 1 Cor 2,7-16; Ef 3,9-12); Él mismo es una eterna comunicación de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en Él.

Comprendamos y acojamos el amor misericordioso de Dios; que este sea nuestro compromiso, sobre todo en el seno de las familias y también en todos los ámbitos del barrio; sigamos luchando por hacer de nuestra parroquia una comunidad viva, dedicada a testimoniar el amor de Dios, Padre misericordioso, amor que es el verdadero secreto de la alegría cristiana. A la Virgen le pedimos que encienda en nuestro corazón la chispa de la gracia de Dios, ayudándonos a transmitir al mundo el fuego de la Misericordia divina. Que María nos obtenga a todos el don de la unidad y de la paz: la unidad de la fe, la unidad del espíritu y del pensamiento, la unidad de las familias; la paz de los corazones.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)